

*Amor* *Antes de la peluca y la casaca*  
*América* *fueron los ríos, ríos arteriales:*  
*(1400)* *fueron las cordilleras, en cuya onda raída*  
*el cóndor o la nieve parecían inmóviles:*  
*fue la humedad y la espesura, el trueno*  
*sin nombre todavía, las pampas planetarias.*

*El hombre tierra fue, vasija, párpado*  
*del barro trémulo, forma de la arcilla,*  
*fue cántaro caribe, piedra chibcha,*  
*copa imperial o sílice araucana.*  
*Tierno y sangriento fue, pero en la empuñadura*  
*de su arma de cristal humedecido,*  
*las iniciales de la tierra estaban*  
*escritas.*

*Nadie pudo*  
*recordarlas después: el viento*  
*las olvidó, el idioma del agua*  
*fue enterrado, las claves se perdieron*  
*o se inundaron de silencio o sangre.*

*No se perdió la vida, hermanos pastorales.*  
*Pero como una rosa salvaje*  
*cayó una gota roja en la espesura,*  
*y se apagó una lámpara de tierra.*

*Yo estoy aquí para contar la historia.*  
*Desde la paz del búfalo*  
*hasta las azotadas arenas*  
*de la tierra final, en las espumas*  
*acumuladas de la luz antártica,*

*y por las madrigueras despeñadas  
de la sombría paz venezolana,  
te busqué, padre mío,  
joven guerrero de tiniebla y cobre,  
o tú, planta nupcial, cabellera indomable,  
madre caimán, metálica paloma.*

*Yo, incásico del légamo,  
toqué la piedra y dije:  
Quién  
me espera? Y apreté la mano  
sobre un puñado de cristal vacío.  
Pero anduve entre flores zapotecas  
y dulce era la luz, como un venado,  
y era la sombra como un párpado verde.*

*Tierra mía sin nombre, sin América,  
estambre equinoccial, lanza de púrpura,  
tu aroma me trepó por las raíces  
hasta la copa que bebía, hasta la más delgada  
palabra aún no nacida de mi boca.*

I

*Vegetaciones* A LAS TIERRAS sin nombres y sin números  
bajaba el viento desde otros dominios,  
traía la lluvia hilos celestes,  
y el dios de los altares impregnados  
devolvía las flores y las vidas.

En la fertilidad crecía el tiempo.

El jacarandá elevaba espuma  
hecha de resplandores transmarinos,  
la araucaria de lanzas erizadas  
era la magnitud contra la nieve,  
el primordial árbol caoba  
desde su copa destilaba sangre,  
y al Sur de los alerces,  
el árbol trueno, el árbol rojo,  
el árbol de la espina, el árbol madre,  
el ceibo bermellón, el árbol caucho,  
eran volumen terrenal, sonido,  
eran territoriales existencias.

Un nuevo aroma propagado  
llenaba, por los intersticios  
de la tierra, las respiraciones  
convertidas en humo y fragancia:  
el tabaco silvestre alzaba  
su rosal de aire imaginario.  
Como una lanza terminada en fuego  
apareció el maíz, y su estatura  
se desgranó y nació de nuevo,

diseminó su harina, tuvo  
muertos bajo sus raíces,  
y, luego, en su cuna, miró  
crecer los dioses vegetales.  
Arruga y extensión, diseminaba  
la semilla del viento  
sobre las plumas de la cordillera,  
espesa luz de germen y pezones,  
aurora ciega amamantada  
por los ungüentos terrenales  
de la implacable latitud lluviosa,  
de las cerradas noches manantiales,  
de las cisternas matutinas.  
Y aún en las llanuras  
como láminas del planeta,  
bajo un fresco pueblo de estrellas,  
rey de la hierba, el ombú detenía  
el aire libre, el vuelo rumoroso  
y montaba la pampa sujetándola  
con su ramal de riendas y raíces.

América arboleda,  
zarza salvaje entre los mares,  
de polo a polo balanceabas,  
tesoro verde, tu espesura.

Germinaba la noche  
en ciudades de cáscaras sagradas,  
en sonoras maderas,  
extensas hojas que cubrían  
la piedra germinal, los nacimientos.  
Útero verde, americana  
sabana seminal, bodega espesa,  
una rama nació como una isla,  
una hoja fue forma de la espada,  
una flor fue relámpago y medusa,  
un racimo redondeó su resumen,  
una raíz descendió a las tinieblas.

## II

*Algunas  
bestias* ERA el crepúsculo de la iguana.  
Desde la arcoirisada crestería  
su lengua como un dardo  
se hundía en la verdura,  
el hormiguero monacal pisaba  
con melodioso pie la selva,  
el guanaco fino como el oxígeno  
en las anchas alturas pardas  
iba calzando botas de oro,  
mientras la llama abría cándidos  
ojos en la delicadeza  
del mundo lleno de rocío.  
Los monos trenzaban un hilo  
interminablemente erótico  
en las riberas de la aurora,  
derribando muros de polen  
y espantando el vuelo violeta  
de las mariposas de Muzo.  
Era la noche de los caimanes,  
la noche pura y pululante  
de hocicos saliendo del légamo,  
y de las ciénagas soñolientas  
un ruido opaco de armaduras  
volvía al origen terrestre.

El jaguar tocaba las hojas  
con su ausencia fosforescente,  
el puma corre en el ramaje  
como el fuego devorador  
mientras arden en él los ojos  
alcohólicos de la selva.  
Los tejones rascan los pies  
del río, husmean el nido

cuya delicia palpitante  
atacarán con dientes rojos.

Y en el fondo del agua magna,  
como el círculo de la tierra,  
está la gigante anaconda  
cubierta de barro rituales,  
devoradora y religiosa.

### III

*Vienen  
los pájaros* TODO era vuelo en nuestra tierra.  
Como gotas de sangre y plumas  
los cardenales desangraban  
el amanecer de Anáhuac.  
El tucán era una adorable  
caja de frutas barnizadas,  
el colibrí guardó las chispas  
originales del relámpago  
y sus minúsculas hogueras  
ardían en el aire inmóvil.

Los ilustres loros llenaban  
la profundidad del follaje  
como lingotes de oro verde  
recién salidos de la pasta  
de los pantanos sumergidos,  
y de sus ojos circulares  
miraba una argolla amarilla,  
vieja como los minerales.  
Todas las águilas del cielo  
nutrían su estirpe sangrienta  
en el azul inhabitado,  
y sobre las plumas carnívoras  
volaba encima del mundo  
el cóndor, rey asesino,  
fraile solitario del cielo,

talismán negro de la nieve,  
huracán de la cetrería.

La ingeniería del hornero  
hacia del barro fragante  
pequeños teatros sonoros  
donde aparecía cantando.  
El atajacaminos iba  
dando su grito humedecido  
a la orilla de los cenotes.  
La torcaza araucana hacía  
ásperos nidos matorrales  
donde dejaba el real regalo  
de sus huevos empavonados.

La loica del Sur, fragante,  
dulce carpintera de otoño,  
mostraba su pecho estrellado  
de constelación escarlata,  
y el austral chingolo elevaba  
su flauta recién recogida  
de la eternidad del agua.

Mas, húmedo como un nenúfar,  
el flamenco abría sus puertas  
de sonrosada catedral,  
y volaba como la aurora,  
lejos del bosque bochornoso  
donde cuelga la pedrería  
del quetzal, que de pronto despierta,  
se mueve, resbala y fulgura  
y hace volar su brasa virgen.

Vuela una montaña marina  
hacia las islas, una luna  
de aves que van hacia el Sur,  
sobre las islas fermentadas  
del Perú.  
Es un río vivo de sombra,

es un cometa de pequeños  
corazones innumerables  
que oscurecen el sol del mundo  
como un astro de cola espesa  
palpitando hacia el archipiélago.

Y en el final del iracundo  
mar, en la lluvia del océano,  
surgen las alas del albatros  
como dos sistemas de sal,  
estableciendo en el silencio,  
entre las rachas torrenciales,  
con su espaciosa jerarquía  
el orden de las soledades.

#### IV

*Los ríos  
acuden* AMADA de los ríos, combatida  
por agua azul y gotas transparentes,  
como un árbol de venas es tu espectro  
de diosa oscura que muerde manzanas:  
al despertar desnuda entonces,  
eras tatuada por los ríos,  
y en la altura mojada tu cabeza  
llenaba el mundo con nuevos rocíos.  
Te trepidaba el agua en la cintura.  
Eras de manantiales construida  
y te brillaban lagos en la frente.  
De tu espesura madre recogías  
el agua como lágrimas vitales,  
y arrastrabas los cauces a la arena  
a través de la noche planetaria,  
cruzando ásperas piedras dilatadas,  
rompiendo en el camino  
toda la sal de la geología,  
cortando bosques de compactos muros,  
apartando los músculos del cuarzo.



*Orinoco* Orinoco, déjame en tus márgenes  
de aquella hora sin hora:  
déjame como entonces ir desnudo,  
entrar en tus tinieblas bautismales.  
Orinoco de agua escarlata,  
déjame hundir las manos que regresan  
a tu maternidad, a tu transcurso,  
río de razas, patria de raíces,  
tu ancho rumor, tu lámina salvaje  
viene de donde vengo, de las pobres  
y altivas soledades, de un secreto  
como una sangre, de una silenciosa  
madre de arcilla.

*Amazonas* Amazonas,  
capital de las sílabas del agua,  
padre patriarca, eres  
la eternidad secreta  
de las fecundaciones,  
te caen ríos como aves, te cubren  
los pistilos color de incendio,  
los grandes troncos muertos te pueblan de perfume,  
la luna no te puede vigilar ni medirte.  
Eres cargado con esperma verde  
como un árbol nupcial, eres plateado  
por la primavera salvaje,  
eres enrojecido de maderas,  
azul entre la luna de las piedras,  
vestido de vapor ferruginoso,  
lento como un camino de planeta.

*Tequendama* Tequendama, recuerdas  
tu solitario paso en las alturas  
sin testimonio, hilo  
de soledades, voluntad delgada,  
línea celeste, flecha de platino,  
recuerdas paso y paso  
abriendo muros de oro

hasta caer del cielo en el teatro  
aterrador de la piedra vacía?

*Bío-Bío* Pero hálame, Bío-Bío,  
son tus palabras en mi boca  
las que resbalan, tú me diste  
el lenguaje, el canto nocturno  
mezclado con lluvia y follaje.  
Tú, sin que nadie mirara a un niño,  
me contaste el amanecer  
de la tierra, la poderosa  
paz de tu reino, el hacha enterrada  
con un ramo de flechas muertas,  
lo que las hojas del canelo  
en mil años te relataron,  
y luego te vi entregarte al mar  
dividido en bocas y senos,  
ancho y florido, murmurando  
una historia color de sangre.

V

*Minerales* MADRE de los metales, te quemaron,  
te mordieron, te martirizaron,  
te corroyeron, te pudrieron  
más tarde, cuando los ídolos  
ya no pudieron defenderte.  
Lianas trepando hacia el cabello  
de la noche selvática, caobas  
formadoras del centro de las flechas,  
hierro agrupado en el desván florido,  
garra altanera de las conductoras  
águilas de mi tierra,  
agua desconocida, sol malvado,  
ola de cruel espuma,  
tiburón acechante, dentadura  
de las cordilleras antárticas,

diosa serpiente vestida de plumas  
y enrarecida por azul veneno,  
fiebre ancestral inoculada  
por migraciones de alas y de hormigas,  
tembladerales, mariposas  
de aguijón ácido, maderas  
acercándose al mineral,  
por qué el coro de los hostiles  
no defendió el tesoro?

Madre de las piedras  
oscuras que teñirían  
de sangre tus pestañas!  
La turquesa  
de sus etapas, del brillo larvario  
nacía apenas para las alhajas  
del sol sacerdotal, dormía el cobre  
en sus sulfúricas estratas,  
y el antimonio iba de capa en capa  
a la profundidad de nuestra estrella.  
La hulla brillaba de resplandores negros  
como el total reverso de la nieve,  
negro hielo enquistado en la secreta  
tormenta inmóvil de la tierra,  
cuando un fulgor de pájaro amarillo  
enterró las corrientes del azufre  
al pie de las glaciales cordilleras.  
El vanadio se vestía de lluvia  
para entrar a la cámara del oro,  
afilaba cuchillos el tungsteno  
y el bismuto trenzaba  
medicinales cabelleras.

Las luciérnagas equivocadas  
aún continuaban en la altura,  
soltando goteras de fósforo  
en el surco de los abismos  
y en las cumbres ferruginosas.

Son las viñas del meteoro,  
los subterráneos del zafiro.  
El soldadito en las mesetas  
duerme con ropa de estaño.

El cobre establece sus crímenes  
en las tinieblas insepultas  
cargadas de materia verde,  
y en el silencio acumulado  
duermen las momias destructoras.  
En la dulzura chibcha el oro  
sale de opacos oratorios  
lentamente hacia los guerreros,  
se convierte en rojos estambres,  
en corazones laminados,  
en fosforescencia terrestre,  
en dentadura fabulosa.  
Yo duermo entonces con el sueño  
de una semilla, de una larva,  
y las escalas de Querétaro  
bajo contigo.

Me esperaron  
las piedras de luna indecisa,  
la joya pesquera del ópalo,  
el árbol muerto en una iglesia  
helada por las amatistas.

Cómo podías, Colombia oral,  
saber que tus piedras descalzas  
ocultaban una tormenta  
de oro iracundo,  
cómo, patria  
de la esmeralda, ibas a ver  
que la alhaja de muerte y mar,  
el fulgor en su escalofrío,  
escalaría las gargantas  
de los dinastas invasores?

Eras pura noción de piedra,  
rosa educada por la sal,

maligna lágrima enterrada,  
sirena de arterias dormidas,  
belladona, serpiente negra.  
(Mientras la palma dispersaba  
su columna en altas peinetas  
iba la sal destituyendo  
el esplendor de las montañas,  
convirtiendo en traje de cuarzo  
las gotas de lluvia en las hojas  
y transmutando los abetos  
en avenidas de carbón.)

Corrí por los ciclones al peligro  
y descendí a la luz de la esmeralda,  
ascendí al pámpano de los rubíes,  
pero callé para siempre en la estatua  
del nitrato extendido en el desierto.  
Vi cómo en la ceniza  
del huesoso altiplano  
levantaba el estaño  
sus corales ramajes de veneno  
hasta extender como una selva  
la niebla equinoccial, hasta cubrir el sello  
de nuestras cereales monarquías.

## VI

*Los* COMO la copa de la arcilla era  
*hombres* la raza mineral, el hombre  
hecho de piedras y de atmósfera,  
limpio como los cántaros, sonoro.  
La luna amasó a los caribes,  
extrajo oxígeno sagrado,  
machacó flores y raíces.  
Anduvo el hombre de las islas  
tejiendo ramos y guirnaldas  
de polymitas azufradas,

y soplando el tritón marino  
en la orilla de las espumas.

El tarahumara se vistió de agujones  
y en la extensión del Noroeste  
con sangre y pedernales creó el fuego,  
mientras el universo iba naciendo  
otra vez en la arcilla del tarasco:  
los mitos de las tierras amorosas,  
la exuberancia húmeda de donde  
lodo sexual y frutas derretidas  
iban a ser actitud de los dioses  
o pálidas paredes de vasijas.

Como faisanes deslumbrantes  
descendían los sacerdotes  
de las escaleras aztecas.  
Los escalones triangulares  
sostenían el innumerable  
relámpago de las vestiduras.  
Y la pirámide augusta,  
piedra y piedra, agonía y aire,  
en su estructura dominadora  
guardaba como una almendra  
un corazón sacrificado.  
En un trueno como un aullido  
caía la sangre por  
las escalinatas sagradas.  
Pero muchedumbres de pueblos  
tejían la fibra, guardaban  
el porvenir de las cosechas,  
trenzaban el fulgor de la pluma,  
convencían a la turquesa,  
y en enredaderas textiles  
expresaban la luz del mundo.

Mayas, habíais derribado  
el árbol del conocimiento.  
Con olor de razas graneras

se elevaban las estructuras  
del examen y de la muerte,  
y escrutabais en los cenotes,  
arrojándoles novias de oro,  
la permanencia de los gérmenes.

Chichén, tus rumores crecían  
en el amanecer de la selva.  
Los trabajos iban haciendo  
la simetría del panal  
en tu ciudadela amarilla,  
y el pensamiento amenazaba  
la sangre de los pedestales,  
desmontaba el cielo en la sombra,  
conducía la medicina,  
escribía sobre las piedras.

Era el Sur un asombro dorado.  
Las altas soledades  
de Macchu Picchu en la puerta del cielo  
estaban llenas de aceites y cantos,  
el hombre había roto las moradas  
de grandes aves en la altura,  
y en el nuevo dominio entre las cumbres  
el labrador tocaba la semilla  
con sus dedos heridos por la nieve.

El Cuzco amanecía como un  
trono de torreones y graneros  
y era la flor pensativa del mundo  
aquella raza de pálida sombra  
en cuyas manos abiertas temblaban  
diademas de imperiales amatistas.  
Germinaba en las terrazas  
el maíz de las altas tierras  
y en los volcánicos senderos  
iban los vasos y los dioses.  
La agricultura perfumaba  
el reino de las cocinas